

REFLEXIONES EN TORNO A LAS NOCIONES DE CAPITALISMO E INCONSCIENTE EN EL PENSAMIENTO DE GILLES DELEUZE Y FELIX GUATTARI

*Mauricio Alejandro Mayorga Rojel, Alberto Javier Mayorga Rojel
y Rodrigo Browne Sartori
Universidad de La Frontera/Universidad Austral de Chile (Chile)*

Introducción

Quisiéramos comenzar nuestra propuesta analítica acerca de la noción de capitalismo e inconsciente en el pensamiento político de Gilles Deleuze y Felix Guattari con un enunciado que nos permite situar este trabajo en el marco de los estudios de la subjetividad y su relación con la producción de la máquina capitalismo en tanto relaciones instituidas y legitimadas en el sistema social a partir de los elementos constitutivos del inconsciente. Pensamos que las bases del funcionamiento capitalista, en tanto flujo político capaz de desterritorializar y de resignificar a los sujetos adscritos a un espacio y tiempo determinado, se fundan en el quiebre o transformación de los flujos de sentido articuladores de las sociedades precapitalistas. En este sentido, los sujetos sociales y las respectivas instituciones estarían enfrentados a una lógica capitalista cuyo funcionamiento, por una parte, se complejiza como respuesta a los permanentes procesos de control o subversión de los cuales es objeto, y, por otra, se gesta sobre la base de dos características fundacionales: totalizadora y esquizofrénica (Deleuze, 2005).

Ahora bien, un elemento importante y que complementa nuestro enunciado inicial es la conformación del campo social en el sentido de una red de flujos y líneas de diferentes tipos, que circulan en formas de marcas e intercambios entre planos y códigos (1) que sitúan diagramas (2) desde donde se movilizan espacios instituidos e imágenes/verdad. Todo esto nos lleva a comprender que la función de la máquina social de tipo capitalista se centra en codificar todos los flujos que circulan en el campo social y marcar/controlar a los sujetos que se sitúan en los intersticios de estos flujos descodificados.

Y es por ello que nos parece más pertinente reiterar y destacar que —desde una perspectiva deleuziana— el capitalismo focaliza sus esfuerzos en el control de las acciones/relaciones/significaciones que articulan los sujetos bajo sospecha a través de la reterritorialización de los no códigos que circulan en los bordes del campo social. Así, la máquina social de tipo capitalista establece un entramado de múltiples configuraciones axiomáticas que disponen —en última instancia y precedidas del deseo como producción de realidad— de posiciones infinitas entre la codificación y la descodificación de los flujos y los sujetos, agregándose, además, el despliegue de la capacidad del capitalismo de recuperación constante con el objetivo de nombrar y capturar al sujeto y sus flujos en la medida en que existan fuera del campo social instituido.

Como se ha mencionado más arriba, esta función de la máquina social capitalista se basa fundamentalmente en el recurso de agregar constantemente axiomáticas y deseos (Deleuze,

2005) en las brechas que establecen los flujos descodificados, es decir, aquellos que aparecen en el campo social como algo nuevo, singular, que instaura un movimiento en el cuerpo de la sociedad, desconocido hasta ese momento por el sistema. De modo que la máquina capitalista ejecutará dos instancias/acciones que le permitan cumplir con su finalidad de diagramar nuevos esquemas políticos en el escenario social; primero la eliminación de lo propiamente irreductible y, en una segunda instancia, la cristalización de nuevos axiomas que codifiquen estas líneas de fuga. Por ello, en palabras de Deleuze:

La base del capitalismo es una conjunción de flujos descodificados y desterritorializados. El capitalismo se ha constituido sobre la quiebra de todos los códigos y las territorialidades sociales preexistentes. ¿Qué significa todo esto? Que la maquina capitalista es propiamente demente. No es que otras sociedades no hayan concebido esta idea, pero la han concebido bajo la forma del pánico. Se trataba de lo que había que impedir pues era la inversión de todos los códigos sociales conocidos hasta ese momento (Deleuze, 2005: 23).

Por su parte, la conformación del campo social capitalista, se habría fundado en un devenir de los intercambios vinculares y de producción entre sujetos. Esta concepción lleva a Deleuze y Guattari (2009) a identificar que una de las líneas segmentarias que ha sido constante en las distintas sociedades históricas y sus funcionamientos se relaciona con una axiomática que ha organizado estas formas de intercambio. Los autores identifican que la producción del concepto de inconsciente trabajado por Sigmund Freud y su expresión funcional en el Complejo de Edipo se puede identificar como una de las más importantes axiomáticas tendientes a organizar los flujos que circulan en las sociedades.

En este sentido, quisiéramos establecer que para Deleuze y Guattari (2009) el inconsciente descubierto por Freud, habría sido, en sus inicios, una desterritorialización a partir de las axiomáticas constituidas desde el dispositivo psiquiátrico. La concepción del sujeto como escindido en las instancias de la 1.º tópica y luego la complejización en la 2.º tópica (3), darían cuenta de un lugar, dentro del sistema psíquico, que sería inalcanzable a la palabra y conciencia de los individuos y, por lo tanto, las conductas generadas en las dimensiones individuales y colectivas de las sociedades tendrían una explicación en el sistema inconsciente del psiquismo humano. En efecto, en sus inicios, el sistema propuesto por Freud habría poseído la característica de ser una máquina de producción de multiplicidades y transformaciones constantes en relación con sus manifestaciones, fundamentalmente en la infancia (4).

Sin embargo, en un momento posterior, los autores señalan que Freud desarrolló una nueva forma de capturar los procesos deseantes del inconsciente, mediante un código totalizador como lo es el Edipo. En efecto, Deleuze y Guattari (2009) se preguntan por la necesidad imperiosa del psicoanálisis de ligar, como forma axiomática, el inconsciente con el triángulo edípico mamá-papá-yo. En esta instancia se vendrían a situar todas las interpretaciones posibles de un inconsciente que se presenta con características de teatralidad/representación y que además de mantener las producciones novedosas imbricadas a este código, el Edipo se vendrá a constituir como el cierre del deseo. Expuesto esto, la territorialización de los flujos que

potencialmente tendrían su fuga en el mismo *socius* en donde se producen se caracterizarían por ser instancias rizomáticas que permitirían la generación de espacios de creatividad estética y, por tanto, líneas de fuga en el campo social.

El psicoanálisis opera con una descodificación absoluta, traduce los códigos a flujos en estado bruto. Es en este sentido que el psicoanálisis se opone a los códigos. Pero al mismo tiempo y desde el comienzo, inventa un nuevo código, el código edípico, que es aún más codificado que todos los demás códigos. He aquí que los flujos de deseo pasan a la codificación de Edipo, cualquier flujo de deseo es puesto en el grillete edípico (Deleuze, 2005: 42).

En efecto, diremos que la relación existente entre los conceptos de capitalismo e inconsciente se genera a partir de la concepción de Deleuze y Guattari (2009) de que las formaciones vinculares producen y son producidas por elementos constitutivos del inconsciente que se han desplegado en variadas instancias históricas con el objetivo de consolidar formas particulares de intercambio/control de objetos, sujetos y flujos. En otras palabras, la dinámica del inconsciente, como flujo político y desterritorializador, se ha insertado en las subjetividades actuales, desde procesos históricos, que aún se acoplan a las formas sociales de la modernidad. Estas subjetividades se desprenden de las dinámicas relacionales que —desde el Edipo— habrían configurado ciertas reglas culturales en los grupos y, por ende, políticas de funcionamiento que se desarrollarían en forma imbricada unas con otras. La pregunta por el funcionamiento de la prohibición del incesto en las distintas épocas de la historia darían cuenta de lo que Guattari (1996) denomina subjetividades conservadoras y, por ende, referentes de autoridad, territorios, grupalidad, y diagramas vinculares en tres mundos sociales que se habrían situado de manera cronológica, pero superpuesta: el mundo primitivo, el bárbaro y el civilizado.

Sociedades primitivas

Las maneras de funcionar de la sociedad primitiva se caracterizan principalmente por expandir el mundo territorial, por ocupar los espacios existentes. Para desplegar y constituir la máquina territorial será fundamental el intercambio de parientes e individuos interrelacionados a través de la prohibición del incesto, es decir, salir al campo territorial ajeno, constituyendo alianzas parentales que permitan expandir la ocupación de tierras (Saidon, 2002).

La operación social que se despliega en este campo se basa fundamentalmente en códigos que se distribuyen como territorialidades que permiten o prohíben ciertos flujos productores de subjetividades. Es decir, que como sistema físico, siempre existirán códigos que limitan, autorizan o bloquean el tránsito de los flujos (Deleuze, 2005). En este caso, los intercambios parentales funcionarán, en tanto que configurarán una forma de relación entre los niveles de las vinculaciones sociales, es decir, entre hombre-mujer y tierra-producción, respondiendo a los códigos configuradores de este tipo de sociedad.

En efecto, el comienzo de las divisiones de la tierra, de la conquista de nuevos espacios territoriales, dará pie a su vez a la aparición de un Estado regulador de estas prácticas y, por

ende, de una figura que no existía antes de la marca y el intercambio social entre los individuos, familias o tribus. Esta nueva y primera máquina territorial (Deleuze y Guattari, 2009) se caracterizará por la producción sobre la tierra, sobre el espacio marcado por la expansión. El acoplamiento de la máquina manual —como medio de producción— con la máquina hombre se dará de tal manera que no existirá diferencia, es decir los mismos hombres serán una máquina acoplada a otras máquinas como piezas esenciales en el funcionamiento de la extracción de la materia de producción.

Siguiendo lo anterior, las formas económicas de las sociedades primitivas, se encuentran marcadas por tres grandes flujos que corresponderían a los marcos de funcionamiento sostenido de este campo; los de producción y consumo, los de objeto de prestigio y los de mujeres. La necesidad de codificar estos flujos fundamentales en las sociedades primitivas, bajo una lógica de representaciones de la tierra, se realiza siempre desde alguna axiomática en particular, que permite el movimiento desde a-códigos en fuga hacia códigos que sujetan la relación productiva; consumo —objetos de prestigio— mujeres. La axiomática que se constituye como la ordenadora de los códigos sostenidos es el de la *deuda*.

Hemos visto que el régimen de la deuda se derivaba directamente de las exigencias de la inscripción salvaje. Pues la deuda es la unidad de alianza y la alianza es la representación misma. La alianza codifica los flujos del deseo y, por la deuda, realiza en el hombre una memoria de las palabras (Deleuze, 2005: 191).

Vemos que para Deleuze (2005), la axiomática que se encarga de inscribir los flujos deseantes dentro de la máquina territorial, se sitúa desde la deuda. Las alianzas que se constituyen como canales de intercambio de objetos sociales se realiza desde la mirada atenta de la axiomática que, al inscribir los flujos en código de deuda, permite, en efecto, las formas de los intercambios que se realizan, es decir, lo permitido y lo prohibido, siguiendo la consecución de codificaciones bajo esta axiomática y, por ende, la mantención del *socius* primitivo.

Ahora bien, la crítica a las concepciones culturalistas de los intercambios en las sociedades primitivas se sustenta en la medida en que para Deleuze y Guattari (2009) las propuestas de algunos autores representantes de esta corriente culturalista-estructural, como es el caso de Claude Levi Strauss y Marcel Mauss, acerca del plano inconsciente en el desarrollo transmutable de los objetos valorados, no poseería un contenido que sostenga una posibilidad, sino más bien que es a partir del plano de la conciencia, es decir del intercambio en donde ocurren las transacciones culturales y, en efecto, la validación de las líneas de parentesco y alianzas políticas. Como consecuencia de lo anterior, para Deleuze y Guattari (2009) la diferencia fundamental entre los procesos de intercambio y el marcaje de los flujos, radica en que uno ocurre en tanto que el otro lo permite, y este último vendría a situarse como el inconsciente desde donde emana la producción deseante, como forma de confrontación maquínica (5).

En realidad, desde la perspectiva deleuziana, estaríamos en presencia de una condición determinante del carácter de toda sociedad primitiva donde la inscripción de los flujos

condiciona la deuda. Es entonces bajo esta condición de existencia que el cuerpo primitivo está generado a partir de signos que marcan los flujos-objetos de intercambio que serán puestos en prendas de alianzas y deudas para expandir el territorio. Según Deleuze y Guattari (2009), existe una equivalencia que se establece para quienes no cumplen con la codificación de la axiomática, es decir, para quienes se desmarcan. Hacer daño sería igual a recibir dolor, un castigo. Pero ¿quién se satisface de esto? Sería justamente el observador de la codificación quien obtiene el placer del dolor, en tanto que mantener la máquina implica un sacrificio que se establece desde el dolor como placer. De forma sencilla, este es el nuevo código que será el encargado de codificar el daño, la ruptura con el código, el dolor.

Pero eso no es todo, según Deleuze (2005), el orden de los mecanismos de funcionamiento de las territorialidades desplegadas por estos flujos se verá remecido por la entrada de la colonización, es decir, del anclaje del dinero como nueva forma de intercambio. Esta novedad estará inscrita en una destrucción de los códigos anteriores, que —como ya se explicitó antes— necesitará de otras axiomática que permitan la continuidad del *socius* en otro plano de consistencia. En definitiva, diremos que existirá la necesidad de nominar al observador del placer del castigo, que como señala Saidon (2002) es el primer germen de un Estado regulador de las prácticas codificadoras de los flujos del sistema social, es decir, constituir la necesidad de una figura que señale, en la ontología de la autoridad, hacia una dirección: el déspota.

Sociedades bárbaras

La formación de los mundos sociales, primitivos, bárbaros y civilizados, se establece desde continuidades y rupturas de los diagramas constituidos por los flujos del *socius* anterior. En este caso, el despliegue del mundo bárbaro se deberá pensar en relación con el mundo primitivo, sea por oposición o por semejanza.

En las sociedades primitivas, existían las comunidades y los flujos estaban regulados por una dinámica colectiva, o bien como dice Deleuze (2005) la catéxis fantasmática era colectiva. Así, llega la figura de Uno, el déspota, que será el que en esta sociedad, representará el significante que absorbe los flujos sociales y hacia donde la producción debe ser guiada y concretizada.

Por su parte, para Osvaldo Saidon (2002) el límite de imbricación del mundo bárbaro por sobre el primitivo se despliega fundamentalmente en la diferencia del objeto de producción. O sea, en el mundo primitivo el principal cuerpo de producción y mantención del *socius* era la tierra (expandida por comunidad de alianzas filiativas y estrategias de ocupación de los espacios). En cambio, en el mundo bárbaro, el cuerpo totalizador de la producción y hacia donde se dirigirán todos los resultados del trabajo e intercambios será el lugar del déspota o el palacio. Incluso, si retomamos lo dicho acerca de que el incesto funcionaba en el mundo primitivo, como forma de vinculación social, en donde el matrimonio y la filiación se establecían con los *otros*; en el mundo bárbaro el incesto está prohibido para todos, excepto para el déspota, quien se sitúa en el lugar de recibir y exigir todo el trabajo para sí mismo.

El incesto está prohibido a todos, menos al déspota, provocando un sistema de captura, que hace que toda la fuerza, todo el trabajo se dirija hacia el palacio. La

prohibición del incesto, más que ser una práctica social concreta, tiene que crear un campo de subjetividad. Tiene que producir un sujeto que, desde el momento en que nazca, lo haga con una deuda en relación con Dios, y por lo tanto con el déspota divino (Saidon, 2002: 53).

En el caso de la deuda, a diferencia de la máquina primitiva, será puesta como forma infinita de culpa hacia el déspota, quien a través del campo de subjetividad caracterizado en la infinita obligación de los otros hacia sí mismo, procurará sentenciar las formas de producción y control. La deuda en este caso se establecerá en la escritura, como marca, y ya no en la oralidad o la comunidad como en las sociedades primitivas, por lo que el significante fálico-déspota inyectará las representaciones imaginadas de la deuda y la culpa atribuyéndose la totalidad de la fuerza de trabajo y las intensidades, desde el lugar de autoridad imperial.

La cadena significativa que existía en las sociedades primitivas, como comunidades y extractos grupales estratégicos, se rompe en la idea de que uno de los eslabones salta y quiebra la línea de producción, y en efecto se adueña de la máquina, de las piezas-hombres y los objetos pasan a constituir sus posesiones que le dan su lugar de falo-autoridad. Así entonces, las relaciones que se implementarán desde esta forma social estarán configuradas desde lo que Deleuze (2005) denomina nueva alianza y filiación directa. El déspota puede reiniciar sus alianzas con su Dios y obtener una conexión con el pueblo durante el tiempo que sea necesario y, por tanto, el establecimiento de códigos que codifiquen los flujos-fuga serán crueles, sin mediación de comunidades tribales, ya que el significante es siempre uno, totalizador de las intensidades vinculares del *socius*.

Bajo este prisma de sentido deleuziano, el derecho del déspota de apropiarse de las filiaciones para y hacia él se manifestará en su no prohibición de incesto, en donde no ve la necesidad de expandir su territorio, pues el control de las dinámicas de marcaje e intercambio son puestas en el campo social de acuerdo con la conciencia de terror del pueblo. De esta manera, se inserta la respuesta de obediencia y se despliega la necesidad de mantener bajo el manto despótico a los flujos primitivos, en quienes recae la fuerza imperativa transformadora de las relaciones sociales anteriores.

En efecto, la existencia de algunas codificaciones internas primitivas, dentro del marco global del imperio despótico, ocurre en tanto que reterritorializadas por la axiomática de la filiación directa. En tal sentido, Deleuze y Guattari (2009) caracterizan este fenómeno de imperio despótico mediante el análisis que realiza Marx acerca de las comunidades asiáticas y sus formas económicas:

Las comunidades rurales autóctonas subsisten y continúan produciendo, inscribiendo, consumiendo. Los engranajes de la máquina del linaje territorial subsisten, pero ya no son más que las piezas trabajadoras de la máquina estatal. Los objetos, los órganos, las personas y los grupos mantienen al menos una parte de su codificación intrínseca, pero estos flujos codificados del antiguo régimen son sobrecodificados por la unidad trascendente que se apropia de la plusvalía. La antigua inscripción permanece, pero enladrillada por y en la inscripción del Estado (Deleuze y Guattari, 2009: 202).

Se visualiza entonces la conformación, en esta sociedad, de un Estado regulador de los flujos que circulan sobre el cuerpo social y la entrada del dinero como forma de intercambio/vinculación. Desde acá, la unidad trascendente que introyecta representaciones de los objetos, en forma de moneda se situará como la (única) manera de regular las intensidades en los flujos sociales y, por ende, la constitución de mecanismos de funcionamiento y marcaje de los diagramas en donde se mueven los individuos.

Este marcaje se desarrollará desde axiomáticas que inscribirán los flujos de intercambio que, según Martínez (2009), tendrán cuatro formas más o menos estables de concebir las reglas del déspota: 1) un equivalente general y abstracto, indiferentes a las cualidades de los flujos concretos, la moneda; 2) la concreción de este equivalente abstracto en el capital productivo; 3) la inmanentización de la antiproducción en la producción misma: el capital como factor productivo, a la vez que apropiador de la producción; 4) la pragmatización del poder: lo importante es lo que se hace, no su justificación, la legitimación proviene de la eficacia, el lenguaje no es descriptivo, sino prescriptivo.

Siguiendo lo anterior, el comienzo del Estado se situará desde el funcionamiento de la territorialidad por fijación de residencia y liberación por abolición de las pequeñas deudas. Para Deleuze y Guattari (2009), esta conformación del cuerpo del déspota tendrá como consecuencia la sustitución de las características concretas de la tierra —como cuerpo productivo— en signos abstractos de intercambio, apropiándose de los flujos.

En efecto, la abolición de las deudas generadas hacia el déspota se instalan como mecanismos de regulación de los flujos de repartición del cuerpo territorial, ya que surge la preocupación por mantener fuera de las representaciones, la posibilidad de la entrada de una máquina revolucionaria que pueda generar desterritorializaciones masivas y, en consecuencia, la transformación de las axiomáticas ya establecidas. Pues bien, aquí el Estado despótico genera —además de lo anterior— una redistribución de los flujos de las deudas, reordenando los flujos económicos y asegurando el cuerpo territorial del *socius*.

Así las cosas, cabe plantear la pregunta ¿cuál es el terror de la sociedad despótica que se ve en la necesidad de maquinarse una serie de dispositivos que le permita mantener el *socius*? Deleuze señala que la característica que es transversal a la sociedad primitiva y a la sociedad bárbara es el pánico a los flujos descodificados.

La máquina despótica tiene esto en común con la máquina primitiva, la confirma a este respecto: el horror de los flujos descodificados, flujos de producción, pero también flujos mercantiles de intercambio y de comercio que escaparían al monopolio del Estado, a su cuadriculación, a su tampón (Deleuze, 2005: 203).

En estos casos, los mecanismos que se desplegarán como formas de sutura de los derrames de posibles flujos descodificados, será la producción de síntesis de las materias primas para la mantención del Estado y la introducción del dinero como forma de constituir la circulación de la deuda infinita con el aparato estatal. Ahora bien, esta deuda circulante como moneda se establecerá, a su vez, en las representaciones sociales de la vida de las comunidades y en una deuda que será infinita e imposible de saldar con el déspota. En complemento, la figura

trascendente del Estado se convertirá en el significante que atraparé todos los flujos de las sociedades primitivas, integrando sus codificaciones a las axiomáticas despóticas mediante la inserción del dinero en función de instalar no solo una forma de intercambio comercial, sino fundamentalmente la inscripción del impuesto como forma de mantener a raya los posibles flujos descodificados y, a su vez, generar una deuda que se convierta en ontológica.

En síntesis, diremos que este Estado constituido sobre las bases de la desterritorialización controlada de los flujos primitivos debe construir nuevos códigos para las relaciones territoriales que él mismo ha denominado. En efecto, ocurre la incidencia continua de que el Estado debe designar códigos para los nuevos flujos que pueblan el cuerpo social y que son efectos de la necesidad imperiosa de mantener el *socius* actual. De esta manera, escurren los códigos desterritorializados por la inserción de nuevas axiomáticas, es decir, un quiebre de los códigos antiguos donde la función del Estado se complejiza continuamente y sus especificidad en la designación de códigos se convierte en una necesidad fundamental frente a los movimientos producidos por la amenaza de la máquina revolucionaria.

El Estado ya no puede contentarse con sobrecodificar elementos territoriales ya codificados, debe inventar códigos específicos para flujos cada vez más desterritorializados: poner el despotismo al servicio de la nueva relación de clases; integrar las relaciones de riqueza y de pobreza, de mercancía y de trabajo; conciliar el dinero mercantil con el dinero fiscal (Deleuze y Guattari, 2009: 225).

Finalmente, el devenir del Estado se sostiene en una necesidad de complejizar los mecanismos codificadores y de abstraer los intercambios concretos, desde objetos de apropiación del déspota a una nueva figura de absorción de los flujos. Surgen entonces dos líneas de desterritorialización y devenir del Estado, por un lado, la interiorización en un campo físico de flujos cada vez más descodificados, es decir el principio de un caosmos (6) desplegado en el cuerpo social, y, por otra, la exageración de la sobrecodificación de los flujos existentes, o sea la constitución de un sistema metafísico permanente en los límites del *socius*.

Sociedades civilizadas

Hasta el momento, hemos observado que las sociedades primitivas y bárbaras poseen una característica fundamental en su desarrollo y despliegue; el terror de los flujos descodificados. Hemos visto que los mecanismos que se instauran en el proceso de conformación de cada una de estas sociedades, específicamente en el plano de la articulación y adaptación de los flujos a las lógicas de la máquina capitalista, corresponden a la constitución de las axiomáticas necesarias para la formulación de un diagrama del cuerpo social, lo que involucra, por una parte, un nivel de mantención y corrección del diagrama con el objetivo de fortalecer el funcionamiento de las comunidades y sus formas de marcaje e intercambio cultural (sociedades primitivas), y, por otro, un nivel de posicionamiento controlado, por parte del Estado, de los flujos que amenazan en convertirse en máquinas revolucionarias (sociedades bárbaras). Podemos razonar entonces que a partir de lo planteado por Deleuze y Guattari

(2009) respecto a la capacidad de la máquina capitalista para sobrecodificar la diferencia al interior del sistema social, se logra manifestar una preocupación permanente por controlar los flujos ya territorializados y apaciguar la inquietud por las exigencias de codificar continuamente las líneas/fugas que se pudieran gestar producto de las resistencias y disfuncionalidades que atentan contra el cumplimiento de los objetivos de la máquina. Como consecuencia de esta situación, el objetivo de esta sociedad capitalista será el de descodificar y recodificar los flujos de manera funcional, es decir, desterritorializar para existir.

Hay que dar cuenta, además, de que la gran máquina capitalista se mueve en el destierro, en los márgenes de todas las sociedades anteriores, esperando que en el momento del desastre de los flujos descodificados, se emane una necesidad de nombrar ese deseo que comienza a circular y que las otras sociedades no logran diagramar. Este deseo se traduce en fenómenos de intercambio social que se comienzan a desplegar en códigos alternativos a los constituidos por el Estado despótico y que tendrán su concreción en revoluciones sociales que interrogarán a los grandes referentes que se habían establecido con el Estado anterior.

Flujos descodificados. ¿Quién dirá el nombre de este nuevo deseo? Flujos de propiedades que se venden, flujo de dinero que mana, flujos de producción y de medios de producción que se preparan en la sombra, flujos de trabajadores que se desterritorializan (Guattari y Deleuze, 2009: 230).

La dispersión de los flujos, según Deleuze y Guattari (2009), se encuentra en un principio de caos y destitución de lo que eran las axiomáticas generadas en los Estados anteriores, ya que el radio de acción del discurso despótico no alcanza a generar códigos específicos para cada uno de estas líneas de producción; la sobrecodificación ya no es suficiente, ahora se deben producir nuevos códigos que permitan ordenar el derrame sobre el cuerpo social. La lógica del enunciado de que el capitalismo se constituye sobre el terror de las demás sociedades a partir de los flujos descodificados es el magma que sustenta el relato que cobra sentido desde la perspectiva deleuziana.

Será preciso el encuentro de todos estos flujos descodificados, su conjunción, su reacción unos sobre otros, la contingencia de este encuentro, de esta conjunción, de esta reacción, que se producen una vez, para que el capitalismo nazca y para que el antiguo sistema muera, esta vez desde fuera, al mismo tiempo que nace la vida nueva y que el deseo recibe su nuevo nombre (Guattari y Deleuze, 2009: 230).

Sin pretender en absoluto una descripción última para entender en plenitud la compleja existencia y funcionamiento del capitalismo avanzado, lo cual nos parece arriesgado, creemos que la funcionalidad y los objetivos del capitalismo han mutado y sus técnicas de captura mediante el juego de las tecnologías de poder se han perfeccionado. Este sistema nace desde la desterritorialización de los flujos que estaban descodificados en el Estado bárbaro, sin embargo, es necesario precisar que este sistema no se sitúa solo sobre los restos fugados del déspota, sino que en su entrada al escenario del caos, de tal manera que el propio capitalismo se encarga de desterritorializar todos los flujos existentes en el cuerpo social, con la intención

de apropiarse en un sentido totalizador y productivo. Por consiguiente, el mecanismo de codificación fundacional del capitalismo se corresponde con la idea de desterritorializar para codificar, es decir, ser esquizo y totalizador.

Ahora bien, los flujos descodificados en el caosmos del cuerpo social necesitan ser puestos en conjunción por el capitalismo, de tal manera que puedan dar “concretud” al mecanismo esencial y fundacional y, en consecuencia, apropiarse de todos los elementos que se despliegan en el *socius*. Deleuze y Guattari (2009) señalan, por ejemplo, que cuando el trabajador desterritorializado libre para ubicar su fuerza de trabajo en donde pueda, coexiste en el plano social con el dinero descodificado, convertido en capital, se producen los primeros avistamientos de una posible conjunción, pero que aún faltan otros elementos. Por tal motivo, Deleuze y Guattari (2009) señalan que los elementos que favorecen los procesos de conjunción se despliegan —en un principio— desde dos aristas. Por un lado, tenemos la acumulación de las riquezas y bienes integrados a un marco estable de reserva que permita al sistema apropiarse concretamente de los objetos potenciales de intercambio, y, por otro, que estos objetos sean vendidos en un momento de alza y de oportunidades con la finalidad de producir lo que caracterizará al capitalismo en nuestro tiempo: generar plusvalía como producción de ganancias y mantención del capital.

En efecto, este mecanismo del capital se consolidará con la institución de flujos comerciales oficiales en el cuerpo social. Por un lado, el capital comercial y, por otro, el capital financiero. El primero guarda relación con la acumulación, no solo de objetos que permitan el desarrollo de una posterior instauración de flujos de intercambio, sino que, a su vez y como señala Maurice Dobb (2005), mediante la acumulación de derechos, de patrimonios específicos, que posibiliten luego transformar estos flujos en sistemas de producción que generan producciones serializadas.

Si, no obstante, es preciso atribuir un significado a la noción de “acumulación originaria” (en el sentido marxista del término) anterior en el tiempo al florecimiento de la producción capitalista, hay que interpretarla, en primer lugar, como una acumulación de derechos de títulos sobre patrimonios existentes, acumulados ante todo por razones especulativas (Dobb, 2005: 216).

Ahora bien, esta acumulación, en proceso de marcate de los bienes y propiedades, tendrá su puesta en marcha a través de la constitución de mecanismos de venta y de intercambios económicos, que permitirá construir medios de producción de objetos y servicios, es decir, una serie (Deleuze y Guattari, 2009) de acumulaciones y plusvalías, imbricando un sistema sobre otro y, en consecuencia, cimentando la concreción de formas de intercambios capitalistas.

... Y en segundo lugar como acumulación en manos de una clase que, por su especial posición dentro de la sociedad es capaz de transformar en definitiva estos títulos acumulados de patrimonio en medios efectivos de producción (Dobb, 2005: 216).

En síntesis, la existencia independiente de flujos comerciales, como objetos acumulados y bienes de propiedad estabilizados en la mantención con objetivos especulativos y flujos de capital bancario, es decir el dinero en su forma monetaria, darían cuenta de la estructura despótica y la funcionalidad de la máquina capitalista. Sin embargo, en el momento en que los trabajadores desterritorializados y el dinero fluyen en el campo social de manera libre, sin codificaciones, se puede decir que comienzan a formarse capitales sin conexión, lo que nos advierte que el capitalismo se reestructura en diversos períodos de la historia en la medida en que los flujos desterritorializados se conjuguen con el objetivo de cosificar y resignificar a los nuevos individuos y sus respectivos flujos de vida (Deleuze, 2005).

Es menester señalar que el escenario social de conjunción será el siguiente: el déspota, convertido en capitalista, con sus bienes y derechos de propiedad acumulados y asegurados, mutará en las representaciones, al abstraer desde los objetos concretos, flujos monetarios de intercambio económico, es decir, convertir sus propiedades de derecho en mecanismos de producción que generen dinero, plusvalía. No obstante, para esto necesitará de los flujos desterritorializados de la fuerza de trabajo que circulan en el cuerpo social, por lo que la obtención (codificación) de estos flujos ocurrirá en la medida en que exista un ofrecimiento de una devolución por ese trabajo, lo que en efecto implicará, que con motivo de su cumplimiento, el flujo de la fuerza de trabajo deberá abstraer el valor de sí mismo —que en el marco de las sociedades precapitalistas era directo producto de las alianzas— a flujos de intercambio monetario que le permita movilizarse dentro de una nueva axiomática establecida.

Vale la pena entonces volver a lo planteado por Deleuze y Guattari (2009) cuando se establece que este proceso de mutación implicará que el capitalismo devenga industrial, es decir, en serie. Esto en tanto que al insertarse el proceso de abstracción de los valores precapitalistas en nuevos flujos territorializados, se constituirá una nueva organización abstracta y concreta a la vez, que se caracterizará por desterritorializar los flujos y territorializar las relaciones de intercambio, es decir esquizo. Por lo tanto, la conceptualización que Deleuze y Guattari (2009) hacen del capitalismo, en tanto discurso, se centra en la capacidad de la máquina para generar planos de consistencia en el caosmos y que se efectúan mediante codificaciones constantes de las líneas de fuga que se producen sobre el cuerpo social. Esto nos plantea, entonces, que las codificaciones se podrían traducir en el plano discursivo, como los significantes que circulan en el campo social y que se imponen como referentes en la organización de las distintas líneas de producción subjetivas enmarcadas en un mundo civilizado, pero constreñido por su propio devenir.

Consideraciones finales

Si nos remitimos a lo planteado producto del análisis al pensamiento político de Deleuze y Guattari, entonces es necesario asumir que el capitalismo y el inconsciente devienen en fuerzas de orden y caos, en la medida que la máquina capitalista genera a partir de la toma de poder del significante y lo axiomático, una distribución de los discursos y líneas de pensamiento conforme a las leyes que se establecen en el recorrido económico del deseo producido en el

sistema social a partir de los lineamiento del capitalista. Aquí toma forma y fuerza lo planteado por Deleuze y Guattari en torno al rizoma que se caracteriza por situarse en dos instancias o intensidades, de acuerdo con el eje de conexión en el que se encuentre. Por una parte, el rizoma (7) se presenta como segmentando líneas, estratificando, obturando, y, por otro, en un mismo tiempo se puede fugar como líneas de multiplicidades flexibles de pensamiento (Hodgson, 2006).

Es imperioso señalar que el concepto de rizoma se opone a los mecanismos de codificación que se generan desde el Estado, ya que este opera desde la lógica de la estratificación y segmentarización de las líneas de fuga. Desde ya podemos afirmar que el rizoma se moverá en forma de línea de fuga hacia la conexión con otros rizomas que generen producciones singulares de subjetividad y encuentros novedosos. En cuanto que el rizoma como inconsciente político está destinado a generar y producir —desde el deseo— nuevos sentidos que le permitan mutar, en cada instante, en colectividades con otros rizomas. En gran medida las producciones deseantes se verán enfrascadas en el fracaso de nuevos sentidos, en otros casos desarrollarán producciones novedosas y, por último, podrá caer en la máquina psiquiátrica en forma de esquizofrenia (Saidon, 2002).

Hay sujetos que escapan a los agenciamientos, produciendo una subjetividad novedosa y otros que, al fracasar en el intento, van hacia un proceso de esquizofrenización [...] Cuando Deleuze y Guattari dicen que lo inconsciente es esquizo, lo que quieren decir es que huye de cualquier tipo de acoplamiento que lo regule reiterativamente en el mismo sentido (Saidon, 2002: 54).

En resumen, la concepción de Deleuze y Guattari (2009) acerca del capitalismo, es que fundamentalmente se constituye como un campo social que se produce a partir de líneas, flujos, contraflujos, segmentariedades, cuerpos sin órganos, etcétera. De modo entonces que estos elementos se relacionan entre sí generando territorialidades, códigos y desterritorializaciones constantes, que producen sujetos, estéticas y esencialmente axiomáticas que ordenan, por un lado, jerarquías y estratificaciones y, por otro, flujos deseantes o líneas de fuga que producen quiebres de los diagramas ya establecidos.

Incluso, observamos que la relación entre capitalismo e inconsciente se traduce en las formas como se organizan los intercambios en las tres sociedades identificadas por Deleuze y Guattari (2009), o sea para ellos el inconsciente en su expresión del Complejo de Edipo y la prohibición del incesto ha producido formas de intercambio particulares en las sociedades primitivas y bárbaras, pero fundamentalmente en las sociedades capitalistas o civilizadas.

Como consecuencia de esta dinámica relacional entre el capitalismo e inconsciente —desde una perspectiva deleuziano—, tenemos que la característica —en términos vinculares— que diferencia a la sociedad civilizada/capitalista de las otras sociedades, es que en esta esfera social civilizada se generan conciencias individuales, cerradas en un marco familiarista, que responden a la división que instaura el capitalismo de los marcos vinculares y sociales en los que se mueven los flujos. En definitiva, la privatización de los espacios de intercambio social da como resultado un cierre del inconsciente al grupo familiar y a instancias de represión del

deseo. Bajo el manto oscuro de la lógica capitalista, entonces, diremos que la actual organización social responde a los lineamientos axiomáticos constituidos y constituyentes a partir de su conversión y legitimación como referentes oficiales funcionales a la distribución de los vínculos e intercambios humanos en un sentido económico y administrativo.

Notas

(1) Gilles Deleuze (2005) señala que el código “o una codificación, al igual que una axiomática opera siempre sobre flujos. La operación propia de un código es calificar los flujos independientemente de su relación. Es decir que la relación entre flujos codificados va a derivar de la calificación de esos flujos por el código. [Por lo tanto] un código es una regla de registro de distribución, en la medida en que no hay código que debite todo entero. Una codificación es un sistema de reglas que da los medios para operar extracciones sobre los flujos, separaciones sobre las cadenas y distribución de los restos” (Deleuze, 2005: 212 y 123).

(2) Gilles Deleuze en sus investigaciones acerca de la pintura y sus formas de funcionamiento, instala el concepto de diagrama, ubicándolo en el discurso de la filosofía. Al respecto, Rodrigo Castro (2008) señala que “el diagrama es un mapa de densidad e intensidad que describe una multiplicidad espacio-temporal. Se pueden concebir un sinnúmero de ellos, producto de su inestabilidad, su capacidad de mutación y su mezcla [...] el diagrama solamente dibuja en escenario dinámico de fuerzas en el que produce la realidad y se diseña la verdad” (Castro, 2008: 349).

(3) La primera tópica desarrollada por Freud da cuenta del sistema Conciente, Preconciente e Inconciente, de manera lógica y esencialmente lineal en su funcionamiento, y luego en la segunda tópica la economía inconciente se despliega mediante el yo, ello y súper yo. En esto, los flujos se establecen bajo el axioma del retorno de la repetición, constituyendo una complejidad mayor a los procesos inconcientes en los sujetos.

(4) En referencia a este concepto, Louis Althusser (1996) señala que “Freud pudo decir que el niño es, contrariamente al adulto, un “perverso polimorfo”. [En] la sexualidad infantil, esta “perversidad polimorfa”, no es una hipótesis: es un hecho. Y todo observador sagaz puede ponerla a prueba en los infantes, los bebés y los niños pequeños de su entorno. Contrariamente a toda una ideología moral del niño, el mundo de los pequeños es espontánea y está naturalmente fascinado y obsesionado por la sexualidad, quiero decir por *prácticas sexuales* observables. Que este simple hecho, que cualquiera puede observar, fuese negado tanto tiempo Freud lo atribuye a la censura. Y dice que el inconciente está necesariamente en relación con el efecto de esta censura: *La represión*” (Althusser, 1996: 181).

(5) Para Deleuze, la relación entre la máquina social y la máquina deseante se desarrolla en el proceso de dialéctica no negativa, en donde la máquina social constantemente está sustituyendo axiomáticas con el fin de producir códigos que codifiquen los flujos/fuga de la máquina deseante, o inconciente productivo de subjetividades nómades.

(6) A propósito del desarrollo del paradigma o universo de referencia estético, Félix Guattari (en Urribarri, 1991) señala en una entrevista realizada en el año 1991 en la Argentina: “A nivel de este nuevo paradigma, lo que me parece importante es plantear la problemática de la enunciación ontológica de algo que llamaría un ‘caósmos’, es decir, la relación de inmanencia entre la complejidad y el caos [...] creo que el primero que habla de este término es James Joyce, y luego fue retomado por Deleuze; pero yo le agregué algo: la terminación ‘osis’ porque quiero conjugar la idea de ‘caos’, ‘cosmos’ y ‘osmosis’. Esto quiere decir que hay una relación osmótica, de inmanencia, entre la complejidad y el caos”.

(7) La organización de los elementos que componen líneas duras en un momento, como planos de consistencia, se denominan rizomas. Para Deleuze y Guattari, este concepto guarda relación con un momento en el que los distintos flujos, líneas y oberturas se organizan en torno a discursos sociales, y conforman marcos de pensamiento representacionales acordes a las axiomáticas dispuestas en el momento de su instauración. Lo que se complementa con lo planteado por Hodgson, quien establece que el “momento de articulación de los flujos, multiplicidad expandiéndose a sí misma conforme a la ley que se engendra en su mismo curso, y cuyo alcance, intensidad, volumen y medida dependerá de las conexiones e interconexiones con otros rizomas” (Hodgson, 2006: 67).

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis (1996): *Escritos sobre Psicoanálisis: Freud y Lacan*. México, Siglo XXI.
- CASTRO, Rodrigo (2008): *Foucault y el cuidado de la libertad*. Santiago Chile, LOM.
- DELEUZE, Gilles (2005): *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires, Cactus.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (2009): *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós.
- DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire (1980): *Diálogos*. Valencia, Pre-textos.
- DOBB, Maurice (2005): *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GUATTARI, Félix (1996): *Caosmosis*. Buenos Aires, Manantial.
- HODGSON GARCÍA, Hernán (2006): *Deleuze, Foucault, Lacan: una política del discurso*. Buenos Aires, Quadrata.
- MARTÍNEZ, Francisco (2009): "Ontología y diferencia: la filosofía de Gilles Deleuze", *Eikasia Revista de Filosofía*, año IV, N.º 23 [en línea]. Dirección URL: <<http://www.revistadefilosofia.com/23-03.pdf>> [Consulta: 1 de agosto de 2011].
- SAIDON, Osvaldo (2002): *Clínica y sociedad. Esquizoanálisis*. Buenos Aires, Lumen.
- URRIBARRI, Fernando (1991): "Guattari: el paradigma estético. Entrevista a Félix Guattari", *Revista Zona Erógena*, N.º 10, pp. 2-8.